

LOS ENCANTOS DEL ARBOL

(En el Rep. Amer.)

El alma de un árbol resplandece en sus flores, que se levantan mirando siempre al cielo, como puede admirarse en el poró gigante, el corteza amarilla y la madera negra, que se desnuda de hojas durante la estación seca, para cubrirse de púrpura, brocados de oro y mantos regios color escarlata.

En febrero del año en curso publicó la *Revista del Café* la fotografía de un fresno que invita a postrarse de rodillas ante la majestad de ese árbol encantador, nativo del Perú y muy estimado por la elasticidad de su madera.

Nunca podremos olvidar los troncos de madera negra, vestidos con lluvias de oro, en las márgenes del río Ciruelas, que tantas veces recorrimos colectando helechos y otras plantas ornamentales, para el estudio de la flora nacional.

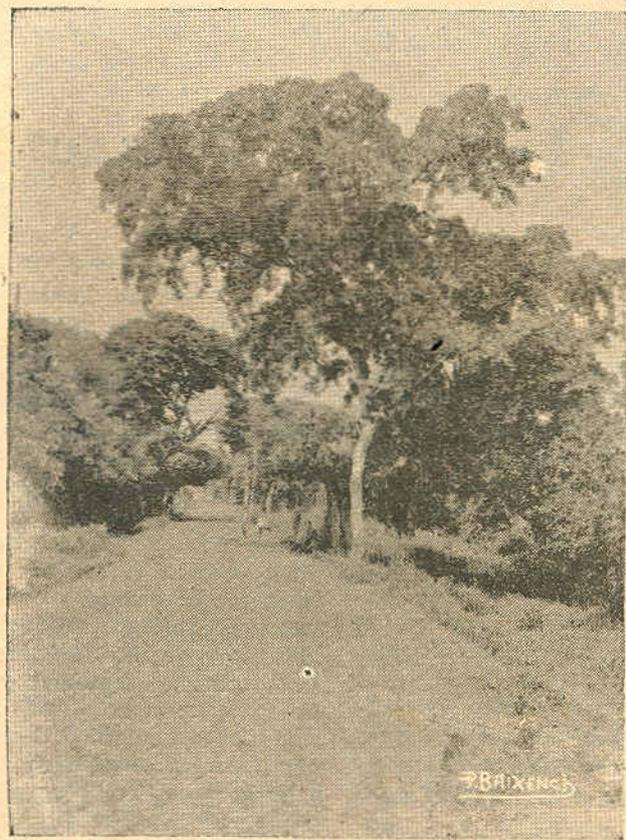
La belleza de los árboles perdura hasta después de su muerte, en la confesión de muebles preciosos, que lucen en regios salones y la morada de gentes humildes. Una muestra de cocobola ñambar será siempre una joya donde quiera que la conserven, por sus jaspes de color rojizo encantador y por el blanco de marfil que caracteriza la albura de este árbol. En la vertiente centro-americana del Pacífico es muy estimada esta madera, por su coloración y grano fino, para mangos de cuchillo y otros objetos de lujo.

Desde el punto de vista ornamental son los árboles el mayor atractivo de las poblaciones rurales, y en las ciudades constituyen el encanto de los parques, y avenidas, ya sea en Puerto Limón, en San José o en Alajuela, donde la sombra del guanacaste, el guapinol, los mangos de la vertiente occidental del país y los higuerones o matapalos costenos, forman arboledas sombrías, lo mismo en Centro América que en la Isla de Jamaica.

El grabado que hoy publicamos presenta una calle en Alajuela, sombreada por árboles hermosos en ambos costados. Donde quiera que pueda sembrarse un árbol, levantaremos un altar dedicado al culto de la Naturaleza, que será siempre un grato recuerdo de la generación que pasa sembrando gratas impresiones, que el suelo se encarga de conservar a través de los años.

El árbol produce frutas deliciosas, da sombra a los ganados y constituye un deleite espiritual incomparable, donde quiera que se plante. Uno de los árboles más comunes por su crecimiento rápido, es el jaul, que se halla profusamente esparcido desde Guatemala al Perú; crece hasta diez metros de alto y se cultiva como planta de ornato en parques y avenidas; pertenece al género *alnus* y su peso específico es tan sólo de 0,34, por lo cual flota en el agua fácilmente.

La madera más valiosa que tenemos es el caoba, capaz de producir esculturas insuperables en las manos de un artista como Manuel Zúñiga Rodríguez; tenemos a la vista una imagen de San Francisco de Paula, que es una maravilla por el colorido del hábito; sin pintura alguna que modifique el tinte de la madera al natural, expuesta a los rayos del sol



Calle de la Maravilla en Alajuela,
sembrada con árboles en ambos costados.

solamente por algunos días. El escultor Zúñiga quiso revivir el recuerdo de los monjes que vivieron en el Convento de Barba, donde fué sepultado Nicolás de Alfaro, bajo el púlpito de la Iglesia de San Francisco en 1735, a los setenta y un años de edad.

Con el nombre de caobilla designan otra madera de grano fino y color gris, que tiene un peso específico de 0.76, muy estimada en la fabricación de tablillas y tabloncillos an-

gostos para pisos, por su extraordinaria resistencia, buen lustre y larga duración.

Lo más corriente como maderas de ebanistería y construcción de muebles, son el cedro amargo y el laurel, ambas de poco peso, la mitad que el del agua, y de muy larga duración, cuando han alcanzado su completo desarrollo. Los muebles charolados tienen la ventaja de conservar los matices de la madera y poderse limpiar fácilmente, sin alteración del colorido natural por muchos años.

La casia spectabilis o candelillo del interior del país es un árbol, cuya madera de grano fino y color gris tiene un peso específico de 0.65. Este árbol se presenta vestido de hojas numerosas y de flores formando hermosos racimos dorados; su tamaño es de doce metros de alto, por término medio y el área de dispersión abarca desde México hasta Venezuela; en Costa Rica crece en la región alta y montañosa del Zarcero.

Con el nombre de cristobal se conoce una madera de grano fino y color rosado muy bonito, cuyo peso específico es de 0.77. Así como éste hay otros muchos árboles preciosos como plantas de ornamento, en las casas de campo, avenidas y calles de los parques, de las poblaciones rurales o como maderas de ebanistería y construcción.

El cultivo y protección de los árboles debe fomentarse por todos los medios posibles, por que ellos representan una fuente de riqueza nacional y el mayor atractivo de la flora del país. El Bosque de los Olivos es un símbolo de oración para todos los pueblos antiguos y modernos, que perdura a través de los siglos.

Anastasio Alfaro.

Costa Rica, 1945.

Sumario:

- Roberto Brenes Mesón o La Vuelta de los Dioses. Por César Brañas.
Reseña. Por José M. Arce.
¿Paz en Europa? Por Manuel Rojas.
Los problemas básicos del porvenir de la cultura iberoamericana. Por Luis López de Mesa.
El marinero. Por Vicenc Riera Llorca.
Página lírica. Por Yolanda Caligaris de Estrada.
Dos poemas. Por Isaac Felipe Azofeifa.
¿De qué color eres? Por Joaquín de Capellán.
Palabras. Por Ulises Delgado Aguilera.
Martí. Por A. Aguilar Machado.
Anastasio Alfaro González. Por Luis Dobles Segreda.
Masmontes y el sentido indoamericano del canto. Por Emilia Prieto
Sobre el Parlamento o Palabramiento. Por Miguel de Unamuno.
Dos poemas. Por Arturo Montero Vega.
Lo que no se rinde nunca. Por C. F. Zamora.
Los encantos del árbol. Por Anastasio Alfaro.
Nuestra opción política es: o Tiranía o República. Por José Angel Rodríguez.